



Lección inaugural

Una cuestión por aclarar: mujeres, escritura, academia*

A Question to be Clarified: Women, Writing, Academy

Giovana Suárez Ortiz[‡]

Universidad del Quindío – Colombia

DOI: <https://doi.org/10.33975/disuq.vol10n2.743>

Cómo citar este texto: Suárez Ortiz, G. (2021). Una cuestión por aclarar: mujeres, escritura, academia. *Revista Disertaciones*, 10(2), 77-85. <https://doi.org/10.33975/disuq.vol10n2.743>



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

* Lección inaugural pronunciada el día 3 de marzo de 2021 para el Programa de filosofía de la Universidad del Quindío.

[‡] Contacto: kratosemilio@gmail.com

El año pasado, al terminar de leer *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* de Silvia Federici, lloré por todas las feminidades que han sido y que seguimos siendo quemadas en las hogueras de la historia, en las frases cotidianas y en las violencias de género. Esa noche no lograba conciliar el sueño, sentía un calor intenso en las piernas. No sabía qué me estaba pasando. A la mañana siguiente busqué entre mi archivo un texto de Suely Rolnik que habla acerca de los saberes-del-cuerpo. Ella me ayudó a entender las razones de mi desvelo, mi cuerpo me estaba hablando, me estaba recordando que nuestras cuerpos se definen por la capacidad de afectar y ser afectadas y que, al definirnos como cuerpos femeniles, nos han subordinado.

El fuego milenario de las hogueras ha dejado cicatrices que hacen parte de lo que somos, y en esa subordinación nuestras producciones escriturales han sido invisibilizadas; de aquí que poco se sepa qué pueden las cuerpos femeniles. Cuando se ha dicho algo de ellas, ha sido bajo la obtusa mirada del discurso sexo-género hegemónico. Casi nada ha salido a la luz acerca de nuestros afectos, poco se sabe acerca de cómo nos hemos compuesto con otros afectos, con los afectos de otros cuerpos, ya sea para destruirlos o ser destruidos por ellos. Hemos intercambiado con otros cuerpos acciones, pasiones y hemos compuesto unos cuerpos más potentes. Ese calor de las hogueras que me corría piernas arriba, que me estaba quemando, me permitió notar que, para resignificar el pensamiento binario, la institución de la oposición complementaria hombre/mujer y la separación de las esferas pública/privada, así como la asignación a los géneros masculino y femenino, tal vez debía prestarle más cuidado a las cicatrices que han dejado las quemaduras en nuestras cuerpos. Pero, ¿cómo se pueden resignificar los enunciados que históricamente nos han herido, aquellos que nos han enmarcado en un lugar específico de enunciación? ¿Cómo luchar contra la fuerza performativa de iteraciones enunciativas que la historia de la filosofía revive en cada una de quienes la estudiamos en una secuencia cronológica simplista? Leeré algunos enunciados:

- “Hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer”. Pitágoras.

- “[...] el macho es por naturaleza superior y la hembra inferior; uno gobierna y la otra es gobernada; este principio de necesidad se extiende a toda la humanidad” Aristóteles *La Política* (1254b7).
- “Que la mujer no sólo necesita de varón para la generación, como en los demás animales, sino también de gobierno, ya que él es más perfecto en la razón y más fuerte en el poder. Y entra ella en sociedad con el varón por la necesidad de la generación; por tanto, al cesar la fecundidad y la hermosura en la mujer se vería privada de ser tomada por otro” (SCG, III. CXXIII).
- “La mujer no aprenderá, por tanto, geometría; acerca del principio de razón suficiente o de las mónadas ha de saber sólo lo imprescindible [...]. Las bellas pueden dejar a Cartesius girando en su torbellino, sin inmutarse aun cuando *Fontenelle* quiera acompañarlas bajo las estrellas; y su atractivo nada pierde en fuerza porque ignoren lo que *Algerotti* se esforzó por describir acerca de las fuerzas de atracción de la materia siguiendo a Newton. En cuanto a la historia, no se llenarán la cabeza con batallas; y en lo referente a la geografía tampoco lo harán con nombres de fortalezas, porque es tan impropio de ellas oler a pólvora, como lo es de los hombres el oler a almizcle” Kant en las *Observaciones sobre lo bello y lo sublime* (1977 852-853).
- “El hombre es, por esta diferenciación, el principio activo, mientras que la mujer es el principio pasivo porque permanece en su unidad no desarrollada”. Nos dice Hegel a propósito de la diferencia de géneros en su *Filosofía de la naturaleza* (Citado por de Beauvoir 2017 66).
- “[...] la mujer, como el hombre, es su cuerpo: pero su cuerpo es una cosa ajena a ella” (Merleau-Ponty 1994 215).
- “El hombre lucha en la guerra, va de caza y de pesca, procura los alimentos y las herramientas necesarias para ello. La mujer atiende la casa y la preparación de los alimentos, confecciona ropas, cocina, teje y cose. Cada uno es el amo en su esfera: el hombre en la selva, la mujer en la casa” Engels (2017) en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (104).
 “Ellas no saben lo que dicen, esa es toda la diferencia entre ellas y yo” Lacán, *Encore, Le Séminaire XX* citado por (Irigaray 2009 65)

Durante mucho tiempo estas palabras han sido el fuelle que atizó las hogueras en que murieron Hipatia, Juana de Arco, la Malinche, tantas brujas, tantas otras poseedoras de saber. Ese fuego que ha quemado nuestras cuerpas no debe ser apagado, hagámoslo arder a nuestro propio modo: arrojémonos a las llamas y que las cicatrices milenarias de las mujeres no se oculten bajo nuestros vestidos; que esas cicatrices se sigan viendo en nuestra escritura, que nuestros escritos se multipliquen. Estas consignas hacen juego con

la exigencia feminista que Adrienne Rich presenta del siguiente modo: “Necesitamos conocer la escritura del pasado de una manera diferente a como la hemos conocido: no se trata de mantener una tradición sino de romper con su poder sobre nosotras” (Rich 1971 48).

Hace 17 años me gradué como Profesional de Filosofía de este programa. En los primeros semestres tuve cinco compañeras mujeres y 25 hombres; con el tiempo, quedamos dos mujeres junto con varios hombres en nuestras clases. Sólo tuve una profesora durante toda la carrera. Situaciones similares se repiten en casi todos los programas de filosofía del país, en casi todos los de América latina, en la mayoría de los programas del mundo. Quizá por eso nos acostumbramos primero a los comentarios desobligantes de compañeros de clase y profesores y después a los de los colegas. Por mucho tiempo también los consideré graciosos, pero reía con la incomodidad que tantas de nosotras hemos sentido. Hoy tengo muchas amigas vinculadas al mundo de la escritura filosófica, de la literatura y de las artes. Mujeres que publican constantemente, que son leídas, escuchadas, que dictan clase y conferencias a lo largo del mundo, mujeres que como yo tienen el gusto de volver a su *alma mater* para hacer la lección de bienvenida de un nuevo semestre. Por ello se me dirá que ya no deberíamos sentirnos rechazadas en los campos del saber; también se me dirá que los comentarios acerca de las mujeres que hacen los protagonistas de la historia de la filosofía deberían contextualizarse para poder seguir leyendo sus ideas sin considerarlos un obstáculo para el pensamiento femenino.

No obstante, me siguen incomodando; entiendo con claridad que un contexto que explique frases como las citadas sigue sin justificar toda la violencia que provocan, no resarce el daño sufrido por tantas a lo largo de la historia. Me siento incómoda con esas frases y no pocas veces me siento excluida del campo del saber, en concreto, de una escritura que me exige usar la tercera persona del singular, abstenerme de hacer públicas mis emociones, negar mi experiencia subjetiva como lugar de enunciación. Y que esta referencia a mí misma no les lleve a engaños, la primera persona que uso cuando escribo, ese yo desde el que hablo ahora, es más grande, es un nosotras, mis amigas y yo lo hemos comentado en pasillos, conversaciones por redes sociales, más aún, hemos producido textos en torno a esta cuestión. Recuerdo que alguna de ellas me dijo:

Evitar a toda costa el exceso de adjetivos, el escribir corto, una línea argumental clara y determinada, un estilo locuaz, con un humor que no se pase de la raya. La escritura académica es una estructura cerrada a la que nos adaptamos y cuadrarnos nuestro trabajo. Requiere una precisión que implica casi ocultar las individualidades en un deseo profundo de que hable aún un espíritu absoluto del XIX. Mi escritura con el tiempo se ha convertido tan académica que en ocasiones he escrito a mis seres queridos cartas que parecen del mismo estilo. Nunca me he pensado como una mujer en la escritura y cómo eso se puede reflejar. Pero sí me ha afectado mis tratos en mi vida cotidiana mi sentido de académica. Y he tratado de defender el tratar la metáfora y a Arendt como temas académicos por fuera de ser de género. Porque me ha pasado... me han dicho, claro la metáfora es un tema femenino (A. Chamorro, 10 de octubre, 2018).

Puedo imaginarme a alguien en el público que con razón me dirá que mis amigas y yo somos un nosotras muy pequeño y que ninguna de ellas ha alcanzado una posición tan reputada como para ser por sí misma una autoridad en el campo de la escritura filosófica. Pero de nuevo, este nosotras local es más grande, así que para quienes se interesan en títulos y pergaminos, diré que se trata de un nosotras internacional, lleno de autoridades, de profesoras provenientes de centros hegemónicos de producción de conocimiento: universidades en Estados Unidos y Europa que cuentan con sus propias sabedoras, con esas brujas que nutren las hogueras a las que ahora voluntariamente nos arrojamos. A propósito de la constitución de la voz del científico moderno, Donna Haraway nos recuerda que, para la segunda mitad del siglo XVII, se constituyó un “Testigo modesto”:

El nuevo hombre de ciencia tenía que ser un hombre casto, modesto y heterosexual que desea, al mismo tiempo que evita, a una mujer sexualmente peligrosa, pero a la vez casta y modesta. La modestia femenina pertenecía al cuerpo, la nueva virtud masculina *tenía que ser de la mente*. Esta modestia se convertía en la clave de la fiabilidad del científico-gentilhombre; el que informaría acerca del mundo, no acerca de sí mismo. “El estilo masculino” sin adornos se convirtió en el estilo nacional inglés, la marca de la hegemonía creciente de la nación inglesa que estaba surgiendo (Haraway 2019 139).

Epistemología, escritura y geopolítica se unen en esta última cita por medio de una diferencia de género en la que continuamente se insiste para señalar la incapacidad de la mujer en la producción de conocimiento. Así, Haraway nos dice que mientras los hombres se hacían cada vez menos perceptibles para mostrar la verdad de los objetos, las mujeres adquirieron una condición opuesta:

privadas de capacidad de intervención epistemológica, las mujeres modestas debían hacerse invisibles para los demás en el estilo de vida experimental. El tipo de visibilidad reservada a las mujeres (relacionada con el cuerpo) se desplazó y pasó a ser percibida como “subjetiva”, esto es, destinada a informar sobre el yo de manera sesgada, opaca, no objetiva surgiendo (Haraway 2019 142).

Se podría decir que se trata tan solo de un momento fundacional de la ciencia moderna, que se trata de antiguallas ya superadas, y que como prueba de ello estoy sentada frente a ustedes dando esta *Lectio Inauguralis*, está mi círculo inmediato de amigas, está Donna Haraway, amiga del círculo ampliado de feministas y académicas en el mundo. Sin embargo, nos dice Irigaray, a propósito de un saber consolidado en el siglo XX, que:

El psicoanálisis sostiene sobre la sexualidad femenina el discurso de la verdad. Un discurso que dice que lo verdadero de la lógica de la verdad, a saber: que *lo femenino solo tiene lugar en el interior de modelos y de leyes promulgadas por sujetos masculinos*. Lo que implica que en realidad no existen dos sexos, sino uno solo. Una sola práctica y representación de lo sexual. Con su historia, sus necesidades, sus reversos, sus carencias, su/sus negativos (...) cuyo soporte es el sexo femenino. Ese modelo, *fálico*, participa de los valores promovidos por la sociedad y la cultura patriarcales, valores inscritos en el *corpus* filosófico: propiedad, producción, orden, forma, unidad, visibilidad... erección (Irigaray 1977/2017 65).

De nuevo el discurso sexo-género se revela como la piedra de toque de distintos aspectos de la vida en sociedad, no solo en la epistemología, la escritura y la geopolítica, como en la cita de Haraway, sino, como lo muestra Irigaray, en la economía, en el psicoanálisis e incluso en el nivel de nuestra percepción. La organización heteronormada de nuestra vida está tan a la mano que no alcanzamos a notarla ni en la superficie de las cosas, ni en las sutiles profundidades donde echa raíces.

De ahí que tener a una mujer al frente dando una conferencia parece negar lo que el significante *mujer* ha implicado a todas las que somos encasilladas con él: “la categoría de ‘mujer’ está construida de manera que implica subordinación” (Mouffe 1997 25). Por esto no basta con estar sentada aquí, porque saber, política y vida cotidiana siguen marcadas por las diferencias de género, por esos binarismos que pueblan nuestra percepción y nuestros imaginarios acerca de cómo llevar el pelo, de quién hace mejor las

labores del hogar, de quién tiene la sensibilidad suficiente para asumir una tarea; binarismos que están anclados a asignaciones de género y que autoras como Fraise han intentado visibilizar en sus investigaciones acerca de quién puede poblar el espacio público y quién el espacio privado. Ella, a propósito de los progresos que han tenido las mujeres en el acceso a lo público, no deja de indicar el costo individual de ese acceso:

Ni el hogar doméstico y su sistema de gobierno, ni la cosa pública construida sin las mujeres fueron los lugares de la emancipación en número. Algunas mujeres supieron desprenderse de la interpretación familiar, algunas mujeres supieron hacerse oír en la escena política. Pero muchas mujeres hallaron en el trabajo asalariado y en los estudios secundarios y superiores lugares de autonomía, de independencia. Independencia obligada, a veces dolorosa, para la muchacha del pueblo o para la obrera, independencia pagada muy cara en términos de soledad afectiva para la maestra y la profesora... pero independencia económica, garantía siempre de una mínima libertad personal (Fraise 2003 146).

Para mí es claro que los efectos del discurso heteronormativo no quedan resueltos con un par de cargos de visibilidad de las mujeres y con la posibilidad de participar en estos espacios. Seguimos lidiando con el techo de cristal, la doble jornada, el doble racero moral, la brecha salarial, la carga mental y la restricción legal de tomar decisiones sobre nuestros cuerpos... tantas cicatrices. Pero no es menos cierto que estamos aquí, en medio del fuego, escribiendo, haciendo trabajo productivo y, como siempre, trabajo reproductivo; así que el vínculo de mujer, escritura y academia sigue siendo para mí una cuestión por aclarar.

Para resolver las preguntas y enfrentar las contradicciones implícitas en esta triple relación he recurrido al uso de herramientas académicas en investigaciones concretas que me permiten apostar por la resignificación de los binarismos. En otro lugar mostré¹ cómo el discurso mariano, atado a los valores del catolicismo, no sólo fue un mecanismo de dominación masculina, sino también una táctica de lucha, que permitió a las mujeres transitar de la esfera privada a la esfera pública. Esa experiencia me enseñó que no será con un discurso acerca de la verdad, ni con la lucha por la igualdad de derechos en un

¹ En mi investigación doctoral *Colombianas en los años veinte: pensamiento, asistencia, trabajo y lucha. Análisis del discurso en clave de género*.

sistema viciado de fondo que lograremos resignificar los binarismos, sino que tal vez sea a través de la estrategia identificada por Ludmer (1985) (a propósito de la carta de Sor Juana Inés de la Cruz a Sor Filotea de la Cruz), es decir, a través del recurso siempre disponible de las tretas del débil

[...] desde el espacio asignado y aceptado, se cambia no solo el sentido de este sino el sentido mismo de lo que se instaura en él. Como si una madre o ama de casa dijera: acepto mi lugar, pero hago política o ciencia en tanto madre o ama de casa (6).

Estas tretas son mi juego, el de mis amigas y el de tantas otras pensadoras que constituyen un *nosotras* que no es cerrado, un *nosotras* que invita a articularse con múltiples formas de exclusión que sobreviven hoy en día. Kimberlé Crenshaw, Angela Davis y buena parte del feminismo negro norteamericano afirman que la clase, el género y la raza son sistemas de opresión que se cruzan para apoyarse y perpetuarse en el tiempo. Ahí ese *nosotras* se compone como un *nosotres* capaz de enfrentar incluso las banales jerarquías de una academia que solo mira hacia Europa o Estados Unidos y que convence a las periferias del saber de su propia incapacidad: no necesitamos soñar más con hacer parte de una historia en la que siempre estaremos rezagades. Nuestras cuerpos saben hacer arder las hogueras del feminismo, sabemos también que otros cuerpos pueden ayudarnos a avivar la llama. Las hogueras del feminismo arden mejor con combustibles diversos.

Referencias

- de Beauvoir, Simone. *El Segundo sexo*. Cátedra. 2017.
- Engels, Friedrich. *El origen de la familia. La propiedad privada y el Estado* [en línea]. 2017. https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/origen/el_origen_de_la_familia.pdf
- Fraisse, Genevieve. *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*. España: Cátedra, 2003.
- Haraway, Donna. “Testigo_Modesto@Segundo_Milenio”. En: *Las promesas de los monstruos. Ensayos sobre ciencia, Naturaleza y otros inadaptables*. Ediciones Holobionte. 2019.
- Irigaray, Luce. “Così fan tutti”. En *Ese sexo que no es uno* (pp. 65-78). Akal. 1977/2017.

- Ludmer, Josefina. *Literatura animada* [en línea]. 1985. <https://literaturaanimada.files.wordpress.com/2014/03/ludmer-tretas-del-dc3a9bil.pdf>
- Merleau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la Percepción*. Madrid: Planeta-D'Agostini, 1994.
- Mouffe, Chantal. *Feminismo, ciudadanía y política democrática radical*. Foro, 13-25. 1997.
- Rich, Adrienne. "Cuando las muertas despertamos: Escribir como Re-visión". En: A. Rich, *Sobre mentiras, secretos y silencios* (M. Dalton, Trad). Barcelona, España: Icaria Edit S.A, 1971, 45-67.
- Tomás de Aquino. "Dios, fin último y gobernador supremo." En *Summa contra gentiles* (Vol. III) (s.f.).